CREER: Salvación (Semana 3)

Larry Courson

Peace Lutheran, Ann Arbor, MI

21 de septiembre de 2014

Si eres fan de los Tigers de Detroit, seguramente te pones un poco nervioso cada vez que el partido está en juego y tiene que salir un lanzador suplente para intentar salvar el partido. Esperas que puedan aguantar, y no ceder la ventaja que llevan. Esto es especialmente importante cuando sólo queda una semana de temporada y los Royals van justo detrás de ellos en el ranking. Desgraciadamente, los lanzadores suplentes de los Tigers no siempre consiguen salvar el partido.

Dios nunca desaprovecha una oportunidad de salvar. La Biblia nos dice que Jesús vino para buscar y salvar a los perdidos. Él murió en la cruz y resucitó de los muertos para salvarnos a todos del pecado y la muerte. Esta mañana en nuestra serie CREER estamos aprendiendo acerca de la salvación. Este es el tema más importante en toda la serie. La Biblia nos dice que somos salvos por gracia a través de la fe en Jesucristo. Jesús es nuestro Salvador, con quien siempre podemos contar.

Ser salvos significa que entramos a una correcta relación con Dios. Pero ¿cómo podemos hacer eso? Hay muchas respuestas para esa pregunta. Las religiones no cristianas nos dicen lo que tenemos que hacer para ganarnos el favor de Dios. Las religiones orientales nos dicen que debemos obtener iluminación o seguir mejorándonos a nosotros mismos para poder subir la escalera de la espiritualidad. Muchas religiones nos dicen que tenemos que ser buenos y cumplir los requisitos de su religión. Este es, por supuesto, el caso de la fe musulmana. Los musulmanes deben confesar que no hay Dios más que Alá y recitar oraciones específicas cinco veces al día, dar a los pobres, ayunar durante el ramadán y hacer al menos un peregrinaje a la Meca. Todas las religiones del mundo nos dicen lo que tenemos que hacer para ganarnos el favor de su dios.

La cultura actual dice que no necesitamos una relación con Dios. Se nos ha dicho que todas las creencias son igualmente buenas, y que lo que es verdadero para una persona puede que no lo sea para otra. En lugar de perseguir una relación correcta con Dios, muchos están buscando la felicidad. Somos gente muy centrada en nosotros mismos, creyendo que somos especiales y que tenemos derecho a suplir nuestras propias necesidades a menudo a costa de otros. Por lo tanto, no hay reconocimiento de pecado, ni necesidad de confesión o perdón. ¿Por qué necesito una relación correcta con un dios si yo me veo a mí mismo como un dios? Adán y Eva intentaron hacerse como Dios cuando desobedecieron su mandamiento y comieron del fruto prohibido en el jardín. Su relación perfecta con Dios murió aquel día.

¿Cómo podemos tener una buena relación con Dios? La respuesta está en nuestro versículo clave de hoy. «**Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte».** (Efesios 2.8-9) Somos salvos por gracia, un regalo inmerecido. Este regalo se recibe por fe, confesando que Jesús es nuestro Señor y poniendo nuestra confianza en Él. No podemos ganárnoslo con buenas obras. Nunca podremos saber si hemos hecho lo suficiente. La fe cristiana nos dice que Dios hace lo que nosotros no podemos hacer.

Cuando Jesús llegó a nuestro mundo, Él estaba en una misión de rescate. Adán y Eva trajeron el pecado y la muerte al mundo. Cuanto más se alejaba la gente de Dios, peor se ponían las cosas. El libro de Génesis nos dice que en la época de Noé, **«El Señor vio la magnitud de la maldad humana en la tierra y que todo lo que la gente pensaba o imaginaba era siempre y totalmente malo»** (Génesis 6.5, NTV). La Biblia nos dice que todos hemos pecado. El pecado lleva a la muerte. Solos, estamos perdidos en el pecado y vamos hacia la muerte eterna: la eterna separación de Dios y de todo lo que es bueno. Necesitamos que alguien nos rescate.

Dios tiene un plan para restaurar a las personas a una correcta relación con Él. Él anunció ese plan a Adán y Eva cuando prometió aplastar a la serpiente (o Satanás). Dios le prometió a Abraham que todos los pueblos de la tierra serían bendecidos a través de su descendencia. Abraham es el padre del pueblo judío. Con el paso del tiempo, Dios repitió y aclaró su promesa. Él prometió que el Salvador vendría de la descendencia de David y que nacerían Belén, la ciudad de David. Jesús es el Salvador de la descendencia de David. Él nació en Belén como Dios prometió. Él es Emmanuel, el Dios verdadero que vino a nuestro mundo para rescatarnos.

El profeta Isaías nos dice que el Salvador moriría para pagar el precio del pecado. Isaías escribió: **«Pero él fue traspasado por nuestras rebeliones y aplastado por nuestros pecados. Fue golpeado para que nosotros estuviéramos en paz; fue azotado para que pudiéramos ser sanados».** (Isaías 53.5). Eso es lo que Jesús hizo en la cruz. Él murió para salvarnos. Dio su vida para rescatarnos. Los principales sacerdotes tenían razón cuando dijeron: **«Salvó a otros… ¡pero no puede salvarse a sí mismo!»** (Marcos 15.31)

Si la historia terminara con la muerte de Jesús en la cruz, Él habría fracasado en su misión de rescate. Pero su muerte no es el final de la historia. Jesús resucitó de los muertos en la Pascua y derrotó al pecado y a la muerte. Nuestra esperanza está en el Señor resucitado. Piensa un momento en la vida de Jesús mientras imaginas este cuadro. Cuando Jesús nació, María y José le pusieron en un pesebre, pero el pesebre no pudo contenerlo. El pesebre está vacío. Cuando Jesús fue condenado a muerte, llevaba puesta una corona de espinos cuando los soldados romanos le clavaron en la cruz. Pero la cruz tampoco pudo contenerlo. La cruz está vacía. El cuerpo de Jesús fue puesto en un sepulcro. Pero el sepulcro tampoco pudo contenerlo mucho tiempo. Él resucitó en la mañana de la Pascua dejando sus ropas de sepultura atrás. El pesebre, la cruz, y la tumba están vacíos. El único lugar donde Jesús está dispuesto a quedarse es en nuestro corazón.

Entonces, ¿cómo obtenemos una nueva y correcta relación con Dios? Como nos dice nuestro pasaje clave: **«por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe [en Jesucristo]».** ¿Cómo sucede eso? De la misma forma en que no podemos ganarnos el favor de Dios siendo lo suficientemente buenos, tampoco podemos creer por nosotros mismos. El apóstol Pablo escribió: **«Nadie puede decir: “Jesús es el Señor” sino por el Espíritu Santo».** (1 Corintios 12.3) El Espíritu no trabaja de la misma forma en la vida de todos. Él llama a algunas personas a la fe a una edad muy temprana, a otros al final de su vida, y a otros a la mitad. Cuando sea que suceda, el Espíritu Santo lleva a las personas a la fe.

Jesús dio estas últimas instrucciones a sus discípulos: **«Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo».** (Mateo 28.19–20) En Pentecostés, cuando la fe cristiana se hizo pública, los discípulos proclamaron el mensaje del evangelio. Después de escuchar las buenas nuevas, las personas preguntaron qué debían hacer. Pedro les dijo: **«Arrepiéntase y bautícense».** (Hechos 2.38) Los discípulos hicieron exactamente lo que Jesús les dijo que hicieran y 3.000 personas fueron bautizadas.

Jesús nos dice que bauticemos y enseñemos. Ya que la fe es un regalo de Dios y Dios se encarga de ella, nosotros bautizamos a los niños a la fe cristiana. Pero también debemos criar a esos niños en la fe cristiana, enseñándoles acerca de Dios y su amor por ellos. Pero también bautizamos jóvenes y adultos que llegan a la fe después de escuchar y creer en la Palabra de Dios y sus promesas. El «cuándo» de la fe no es para nada tan importante como el «qué» de la fe.

* La fe lleva al arrepentimiento, a dar la espalda al pecado, pidiendo a Dios que nos perdone, y volviéndonos a Él. Dios promete perdonarnos cuando confesamos nuestros pecados. (1 Juan 1.9)
* La fe significa creer en las promesas de Dios y poner nuestra confianza en Jesucristo como nuestro Señor y Salvador. Jesús dijo: **«Yo soy el camino, la verdad y la vida —le contestó Jesús—. Nadie llega al Padre sino por mí».** (Juan 14.6) De la misma forma que creemos que solamente hay un Dios verdadero, también creemos que sólo hay un camino para ser salvo. Jesús el único camino.
* La fe incluye ser bautizado en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo como lo ordenó Jesús. Dios pone su sello sobre nosotros cuando nos bautizamos, lava nuestros pecados y nos adopta en su familia.
* Demostramos nuestra fe al decirles a otros que creemos en Jesús. No podemos mantener nuestra fe en secreto. Jesús nos dice: **«A cualquiera que me reconozca delante de los demás, yo también lo reconoceré delante de mi Padre que está en el cielo. 33 Pero a cualquiera que me desconozca delante de los demás, yo también lo desconoceré delante de mi Padre que está en el cielo».** (Mateo 10.32-33)

Cuando somos salvos por gracia mediante la fe en Jesucristo, hacemos de nuestra meta andar con Dios en fe cada día. Hacemos de Cristo parte de nuestra vida cotidiana. Y también ofrecemos la gracia de Dios a otros. Amamos a otros de la misma forma en que Dios nos ama a nosotros. Perdonamos a otros de la misma forma en que Dios nos perdona a nosotros. Servimos a otros de la misma forma en que Dios, en Cristo, ofreció su vida en servicio a otros. Pero recuerda que todas estas cosas son la respuesta de la fe. No hacemos todo esto para ganarnos el favor de Dios. Lo hacemos porque ya sabemos que Dios nos ama y creemos en Él.

La semana que viene nuestra serie de CREER se enfocará en la Biblia, la Palabra de Dios que nos da instrucciones sobre nuestras creencias y acciones. Tómate el tiempo esta semana de leer el capítulo 4 de CREER sobre la Biblia.